

La diplomacia rusa en la época de la reestructuración del sistema mundial

YURI KLIMENKO

Embajador de la Federación de Rusia en España

En estos días tan turbulentos para las relaciones internacionales, los diplomáticos rusos celebramos nuestra fiesta profesional: el Día del Diplomático. La fecha de la fiesta está vinculada con la primera mención documental (el 10 de febrero de 1549) del Orden de los Embajadores, la primera estructura estatal de la historia de nuestro país encargada de los asuntos exteriores, cuyas tradiciones valoramos en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, heredero de muchos otros órganos de política exterior, como el Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS.

Desde su establecimiento, el Ministerio de Asuntos Exteriores de mi patria ha logrado defender los intereses nacionales fundamentales en la arena internacional en condiciones siempre muy difíciles que desarrollaron en nuestra política exterior el carácter sistémico y pragmático edificado sobre el concepto del equilibrio geoestratégico en cualquier siglo. Este principio cobra más relevancia hoy en día cuando la humanidad se encuentra ante una situación peligrosa, quizá incluso más peligrosa que nunca. La situación se ve agravada por la pérdida de fe en el multilateralismo, cuando la agresión financiera y económica de Occidente destruye los beneficios de la globalización, cuando Washington y sus aliados renuncian a la diplomacia y exigen aclarar las relaciones «en el campo de batalla». Todo esto ocurre dentro de las paredes de la ONU, creada para prevenir los horrores de la guerra. Las voces de las fuerzas responsables y sensatas, los llamamientos a la sabiduría política y al renacimiento de la cultura del diálogo se ven ahogados por aquellos que han emprendido el camino de socavar los principios fundamentales de las relaciones entre estados. La mejor receta es volver a los orígenes: al respeto de los objetivos y principios de la Carta de las Naciones Unidas en toda su diversidad e interrelación.



Es evidente que, en la etapa actual, la verdadera multilateralidad exige que las Naciones Unidas se adapten a las tendencias objetivas de formación de una arquitectura multipolar de las relaciones internacionales. Es necesario acelerar la reforma del Consejo de Seguridad mediante la ampliación de la representación de los países de Asia, África y América Latina. La actual sobre-representación de Occidente en este órgano principal de la ONU socava el principio de multilateralismo. Las descaradas tentativas de los estados occidentales de someter a su voluntad a las secretarías de las Naciones Unidas y otras instituciones internacionales se han convertido en una amenaza para el sistema multilateral. Siempre ha existido un desequilibrio cuantitativo en favor de Occidente en lo que respecta al personal, pero hasta hace poco la Secretaría General de la ONU se esforzaba por mantener la neutralidad. Hoy en día, este desequilibrio se ha vuelto crónico, y los funcionarios de la Secretaría se permiten cada vez más comportamientos políticamente motivados, impropios de funcionarios internacionales.

Durante siglos de defensa de intereses exteriores de Rusia para el servicio diplomático quedaba claro que es siempre necesario adaptar la línea de la política exterior del Estado a los nuevos retos y amenazas. Esto es especialmente relevante en el contexto actual en el que miembros occidentales de la comunidad internacional intentan reescribir las normas del derecho internacional establecidas, en las que se basa el orden mundial actual, para satisfacer sus propios intereses e imponer sus propias reglas del juego en la resolución de los asuntos mundiales. No hay duda de que el mundo está atravesando una etapa de profunda reestructuración y reagrupación de fuerzas. El Occidente colectivo, que ha dominado en los asuntos internacionales durante muchas décadas, está fragmentado por cuestiones transatlánticas y no puede entender que la era de su dominio llegó a su fin de forma irreversible, sino que desea mantener sus posiciones y frenar artificialmente el proceso objetivo de formación de un mundo multipolar. Al introducir su concepto de «orden mundial basado en reglas», Occidente persigue el objetivo de llevar los debates sobre temas clave a formatos que le resulten convenientes, en los que no se invita a los disidentes.

Se crean «plataformas» de grupos reducidos y se lanzan «llamamientos» para acordar entre ellos recetas que luego se impondrán al resto. En cada uno de estos formatos participan varias decenas de países, una minoría de la comunidad internacional. Además, para todas las iniciativas que promueven, ya sea en el ciberespacio o en el ámbito de los derechos humanos, existen plataformas de negociación universales en el sistema de las Naciones Unidas, pero allí, naturalmente, se expresan puntos de vista alternativos, y es necesario tenerlos en cuenta, buscar el consenso, mientras que para Occidente es importante afirmar sus «reglas». Nadie ha visto estas «reglas», que no han sido objeto de negociaciones internacionales transparentes. Es evidente que se inventan y



se aplican con el fin de contrarrestar los procesos lógicos de formación y consolidación de nuevos centros de desarrollo independientes, que son la manifestación objetiva de la multipolaridad.

Además, con la experiencia rusa de sufrir las invasiones desde Europa, vemos cómo países occidentales intentan contener a los nuevos centros mundiales con medidas unilaterales ilegítimas. Entre los nuevos instrumentos neocoloniales del siglo XXI se encuentran la aplicación de las sanciones, el bloqueo del acceso a las tecnologías modernas y los servicios financieros, la expulsión de las cadenas de suministro, la confiscación de propiedades, la destrucción de infraestructuras críticas de la competencia y la manipulación de normas y procedimientos universalmente acordados.

El problema más grave del mundo, desde la óptica de la diplomacia rusa, consiste en que Washington y el resto de Occidente aplican sus «reglas» cada vez que necesitan justificar medidas ilegítimas contra oponentes que se niegan a seguir los intereses egoístas de la «élite». Los disidentes son incluidos en «listas negras» según el principio de que quien no está con nosotros, está contra nosotros. Al imponer este «orden basado en reglas», sus autores rechazan con arrogancia el principio fundamental de la Carta de las Naciones Unidas: la igualdad soberana de los estados. El «Occidente colectivo» se ha propuesto remodelar a su antojo los procesos de multilateralismo a nivel regional. No hace mucho, Estados Unidos solo amenazaba con revivir la doctrina Monroe, pero, como han demostrado los acontecimientos de principios de este año, no se trataba de palabras vacías. Hemos sido testigos de acontecimientos sin precedentes: la brutal invasión armada de los Estados Unidos en Venezuela, con decenas de muertos y heridos, y la captura y el secuestro del presidente legítimo de Venezuela, Nicolás Maduro, y su esposa. Lo ocurrido en Caracas no tiene justificación. Se trata de una flagrante y cínica violación del derecho internacional y de los principios de la Carta de las Naciones Unidas. Si bien cada uno tiene su propia moral, instamos a que las relaciones interestatales se guíen por los principios del derecho internacional y el respeto mutuo. Abogamos constantemente por la resolución de cualquier problema existente mediante un diálogo constructivo.

Reafirmamos el apoyo inquebrantable de Rusia a las autoridades constitucionales de Venezuela en la protección de la soberanía estatal y los intereses nacionales. Tenemos la intención de continuar una cooperación estrecha y multifacética con nuestros socios. Exigimos una vez más a los líderes estadounidenses que liberen al legítimo jefe de Estado electo de Venezuela y a su esposa.

Al respecto, observamos con preocupación repetidas amenazas contra los Gobiernos legítimos de Cuba y otros países de la región de América Latina y el Caribe. Hoy, la región latinoamericana, que siempre se ha caracterizado por su unidad en la diversidad, se encuentra dividida. No se trata de compartir ideologías, vías de desarrollo socioeconómico ni simpatías personales por



un líder político. Se trata de que cuando se cometen actos de ilegalidad e injusticia no se pueden silenciar vergonzosamente. La historia no perdona que se ignoren sus lecciones. Y puede suceder que, cuando llegue la próxima víctima, no haya nadie que interceda por ella. América Latina y el Caribe debe seguir siendo una zona de paz.

Nuestra postura en este contexto, o cualquier otro problema regional del mundo, sigue siendo la misma y se basa en los principios de respeto de soberanía e integridad territorial de todos los estados, cuyos gobiernos representan los intereses de toda la población. Venezuela pertenece precisamente a ese tipo de estado. Por lo tanto, nuestras evaluaciones fundamentales de esa operación ilegal contra Venezuela siguen vigentes y son compartidas por la inmensa mayoría de los estados: todo el mundo tiene claro que se trata de una violación flagrante del derecho internacional.

Compartimos con Venezuela una larga historia de relaciones bilaterales estratégicas. Estamos comprometidos con los acuerdos alcanzados en el pasado. En esta etapa, vemos que el liderazgo venezolano defiende sus prioridades nacionales, su soberanía nacional y la necesidad de participar en las relaciones internacionales precisamente como un estado soberano, independiente y con derechos igualitarios. Esperamos que todas las partes venezolanas respondan de manera responsable y respeten también estos principios, que, evidentemente, deben tener carácter universal. Acogemos con satisfacción los esfuerzos realizados por las autoridades oficiales de este país para proteger la soberanía estatal y los intereses nacionales. Reafirmamos la solidaridad inquebrantable de Rusia con el pueblo y el Gobierno de Venezuela y nuestra disposición a seguir prestando el apoyo necesario a este país amistoso.

Insistimos en que se debe garantizar a Venezuela el derecho a decidir su propio destino sin ninguna intervención destructiva desde el exterior. Abogamos sistemáticamente por la resolución de cualquier problema mediante el diálogo constructivo y el respeto de las normas del derecho internacional, en particular la Carta de las Naciones Unidas.

Venezuela es solo un ejemplo de la política criminal neocolonial del Occidente colectivo plasmado en sus aspiraciones hegemónicas dirigidas hacia la esclavización de los países del Sur y el Este Global, incluso a través de la presión brutal, el chantaje y las amenazas, así como diversas formas de discriminación y dictado en el mercado monetario y financiero mundial. La minoría occidental mantiene un diálogo con el Sur Global a la antigua manera, desde las posiciones de la «supremacía blanca». Hasta ahora, en violación de las resoluciones de la ONU, el colonialismo no ha sido erradicado, las prácticas neocoloniales florecen en los ámbitos político, económico, social y cultural. Las antiguas metrópolis siguen extrayendo la riqueza natural siempre que esto es posible, frenando el desarrollo industrial y tecnológico de los países a los que pertenecen esos recursos.



En general, todos estos acontecimientos que observamos en la arena internacional dan testimonio no solo de un intento, sino de la línea de los países occidentales de romper el sistema que se ha creado a lo largo de muchos años con su participación directa. No se trata solo de las estructuras de la ONU, sino también de los principios del modelo de globalización que ellos han implementado a lo largo de muchos años. En lugar de globalización, estamos observando una fragmentación de la estructura mundial.

Tales desafíos del mundo moderno están tratados por el servicio diplomático ruso según el Concepto de la Política Exterior de la Federación de Rusia, cuya versión actual fue aprobada por el presidente de la Federación de Rusia en 2023. De conformidad con este documento, la política exterior rusa se centra en la resolución de tareas fundamentales, en particular: garantizar la seguridad nacional, la soberanía y la integridad territorial del país, crear condiciones favorables para el crecimiento económico sostenible, fortalecer la paz y la estabilidad internacionales, consolidar la seguridad universal, aumentar el papel de las Naciones Unidas y desarrollar relaciones bilaterales y multilaterales de asociación mutuamente beneficiosa y equitativa con otros estados. Los principios clave de la política exterior de Rusia siguen siendo los mismos: independencia, apertura, previsibilidad, pragmatismo, multipolaridad y orientación hacia la defensa de los intereses nacionales.

Nuestra política exterior supone la defensa decidida de los intereses vitales de nuestro país y nuestro pueblo, así como la creación de condiciones externas favorables para el desarrollo sostenible dentro de la Federación de Rusia. Está consagrada nuestra disposición a trabajar en el ámbito exterior con todos aquellos que respondan con reciprocidad y estén dispuestos a negociar de forma honesta, en pie de igualdad, sin chantajes ni presiones.

En aras de lo mencionado, la atención prioritaria se presta al desarrollo de la cooperación multifacética en el marco de diversas agrupaciones regionales e interregionales, entre ellas el Brics, la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), la Unión Económica Euroasiática (UEEA), la Comunidad de Estados Independientes (CEI), la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), las asociaciones de países del Sur Global, así como el Grupo de los Veinte, que empiezan a desempeñar un papel cada vez más significativo en los asuntos internacionales. Esta red de amistades es una salvaguardia para los tiempos de cambios «profundos» del orden mundial. Rusia no se mantiene al margen de estos procesos y aplica de manera coherente las prioridades de política exterior establecidas por los dirigentes de nuestro país correspondientes a las necesidades de la actualidad.

Entre ellas, hace falta destacar, en primer lugar, nuestra línea hacia el establecimiento de un cinturón de buena vecindad y cooperación con los países vecinos en el marco de la CEI, la UEEA, la OTSC y la OCS. Hemos continuado y continuaremos promoviendo la formación de la Gran Asociación Euroasiática



y, sobre esta base, la creación de una arquitectura continental de seguridad igualitaria e indivisible.

Al respecto, hay que destacar el fortalecimiento del Brics y el creciente interés en esta asociación por parte de un gran número de países del mundo. Todos los miembros del Brics son buenos socios nuestros. En 2025 se han consolidado nuestras relaciones con cada uno de ellos y se han sentado las bases para el desarrollo de una mayor cooperación en todos los ámbitos en el futuro.

No podemos limitarnos solo al contexto internacional, del mismo modo que cuando hablamos de democracia no podemos ignorar ese contexto internacional. No debe haber doble rasero. La multipolaridad y la democracia deben respetarse tanto dentro de los estados como en sus relaciones entre sí. Todo el mundo sabe que Occidente, al imponer su concepto de la democracia a otros, no desea la democratización de las relaciones internacionales basada en el respeto de la igualdad soberana de los estados. Pero ahora, al promover sus «reglas» en la arena internacional, también está «sofocando» la multilateralidad y la democracia en sus propios países, utilizando instrumentos cada vez más represivos para reprimir cualquier disidencia, al igual que lo hace el régimen criminal de Kiev con el apoyo de sus «maestros».

Ahora que estamos presenciando fenómenos turbulentos en diferentes ámbitos de la interacción interestatal, el tema del día es el diálogo sobre cómo ordenarla. Esto llevará bastante tiempo, pero este proceso es inevitable. Los centros de crecimiento reflejan un proceso histórico objetivo: el desarrollo de la economía, las infraestructuras, el uso de los recursos naturales y mucho más en la época de la consolidación de un orden mundial multipolar. En algún momento habrá que acordar cómo interactuarán entre sí los nuevos actores importantes, ya sean nacionales o regionales, dentro de las estructuras de integración. Este proceso requerirá la movilización de todos los recursos. Pero con buena voluntad, todo es posible para garantizar que el proceso de reestructuración del sistema mundial se realice de manera justa, igualitaria y la más eficaz posible por el bien de toda la comunidad internacional. ★

